Las palabras contienen el misterio

JOSÉ ENRIQUE MARTÍNEZ

El título *Meteoros. Poesía, 1962-2006* recoge la labor poética de Antonio Pereira, con un epílogo suyo aclarador, «El poeta hace memoria». Su primer libro fue *El regreso* (1964), poetización de un retomo a lo cercano, a la vecindad, a la amistad, a la compañía, a la costumbre; para la edición de *Meteoros* rescató Pereira los tres sonetos que, como «Poemas de estío», publicó en 1949 en Espadaña. El segundo libro de versos del autor, *Del monte y los caminos*, apareció en 1966; fue otro regreso, esta vez al hierro desde la seda, al mundo del trabajo familiar y vecinal, a «la pequeña historia de la gente sufrida»; era el regreso también a «la poesía necesaria», dice Pereira, como «canto de alivio y esperanza» para los más humildes. En 1969, *Cancionero de Sagres* poetiza un viaje por la vecina Portugal, y fue escrito «sobre el terreno», como aclara el poeta, con una visión original: el viaje tiene sentido porque se regresa a la costumbre, a los amigos. Puede que *Dibujo de la figura* (1972) sea la más alta ocasión poética de Pereira; en él, la libertad del verso se acompasa a los ritmos del corazón, con un tono narrativo y coloquial que no empiece la cuidada elaboración del poema; al sentido crítico de la realidad se suman dejos de ingenio y un fino erotismo. En momentos en que todavía coleaban los ecos de la polémica sobre si la poesía era comunicación o conocimiento, Pereira, en «confinamiento forzoso» mientras escribía el poemario, entendió que la poesía era «una tregua de consolación». En 1972 reunió por vez primera sus versos en *Contar y seguir*, y en 1968 apareció en la colección «Provincia» *Antología de la seda y el hierro*. Su obra lírica se incrementó en 1995 con *Una tarde a las ocho*, con algunos poemas destacables, como «Prescripciones del vino».

A estas obras poéticas se añaden en *Meteoros* nuevos poemas bajo el título de *Viva voz*. Algunos nos eran ya conocidos, entre ellos, los cuatro «microrrelatos» de *Picassos en el desván* (1991), que a juicio del autor pueden entenderse como poemas. En cualquier caso es una prueba más de la proximidad entre el cuento y la poesía, que Pereira explica así: «En mi poesía soy devoto del Romancero no es difícil encontrar ingredientes narrativos. Por otra parte, la disciplina del verso me proporcionó recursos impagables para el relato: economía verbal, renuncia a los meandros y digresiones, poder de sugerencia de las palabras»,

Viva voz se inicia con un poema, «Casa», a manera de poética, que proclama la fe en la potencia genesíaca de las palabras, sin necesidad de proceder a su oscurecimiento: «Son más profundas cuanto son más claras». La palabra y el arte son motivos que asoman en la poesía última de Pereira, muchas veces unidos a personas concretas: Halffter, Beberide, Picasso, Crémer, Badosa, Amancio Prada, Eugenio de Andrade... Junto a estos motivos, aparecen otros relacionados con el amor, el recuerdo o la vejez. Viva voz conjuga, por otro lado, los variados modos de la poesía pereiriana, desde composiciones canónicas a la palabra en libertad de «Desnudo sobre raso».

Se ha dicho que la obra de Pereira respira un hondo humanismo y una actitud comprensiva; se ha alabado, asimismo, el esmero y la pulcritud de su obra. Lo cierto es que ha ido haciendo su obra lírica sin adscribirse a grupos ni tendencias, por libre; de ahí que no le encontremos parecidos evidentes con otros poetas de nuestro tiempo. Por otro lado, el poeta Pereira ejerce una especie de simpatía sentimental con el lector, ese lector al que le va a contar algo desde la intimidad de la palabra, como se lo contaría a un amigo, con ingenio para sorprenderlo y con un poco de malicia para regocijarse juntos. Es el lector cómplice del que suele hablar el propio Pereira.